

prendió cuatro lágrimas  
en el cielo límpido.  
Y la Cruz del Sur  
con sus cuatro brillos,  
velaba en las noches  
el sueño del Niño.

María lavaba  
á orillas del río,  
y José tendía  
las ropas del Niño.  
En los copihuales  
quedaban tendidos  
los pañitos blancos  
del Nene Divino.

Un día la Madre,  
con su pecho níveo,  
le daba la leche  
cantando a su lirio;  
y al ver a su esposo  
que un ramo escogido  
de copihues blancos  
traía, el corpiño  
cerró pudorosa,  
y el rostro encendido  
de la Virgen-Madre  
de súbito hizo  
rosadas las flores,  
más blancas que el lirio.  
Así los copihues  
de rosa teñidos,  
son los que María  
teñó con su hechizo.

La Virgen cosía

las ropas del Niño,  
San José arreglaba  
mangos de cuchillos,  
y por estar mirando  
a su Dios dormido,  
hirióse los dedos  
con agudos filos.  
La sangre corría  
mojando zarcillos  
de los copihuales  
que estaban vecinos.  
Y luego esas flores,  
de pétalos níveos,  
tornáronse rojas,  
y fueron cual vivos  
dedales de sangre  
sus bellos racimos.

¡Ay, copihues blancos  
del Nene Divino!  
¡Ay, los que rosados  
el pudor los hizo!  
¡Ay, copihues rojos  
de José Bendito!  
Sois joyas que hoy lucen  
las selvas del indio.  
En las noches claras  
cuando el cielo miro,  
en la Cruz del Sur  
recuerdo el exilio  
que sufrieron juntos  
los tres peregrinos.

FRANCISCO DONOSO

(Poeta Chileno)